

Agatha Christie

SOPHIE HANNAH

LOS

ASESINATOS

DE

KINGFISHER

HILL



EL NUEVO MISTERIO DE HÉRCULES POIROT

Hércules Poirot viaja en un lujoso autocar a la exclusiva mansión Kingfisher Hill: Richard Devonport le ha pedido ayuda para demostrar que su prometida, Helen, es inocente del asesinato de su hermano, Frank, pese a que ella misma ha confesado el crimen. En el trayecto, una joven sufre un ataque de nervios y exige apearse: afirma que si permanece en su asiento será asesinada. Se organiza un cambio de asiento y el resto del viaje transcurre sin incidentes. Sin embargo, Poirot tiene un mal presentimiento; sus temores se verán confirmados cuando se descubre un cuerpo en la casa de los Devonport con una nota que se refiere al «asiento en el que no debería haberse sentado».

¿Podrían este asesinato y el peculiar incidente en el autocar ser pistas para resolver el misterio de quién mató a Frank Devonport? ¿Podrá Poirot encontrar al verdadero asesino?

Índice

Capítulo 1. Reunión a medianoche

Capítulo 2. El asiento mortal

Capítulo 3. La carta de Richard Devonport

Capítulo 4. La lista extraviada

Capítulo 5. Una confesión abstracta

Capítulo 6. La familia Devonport

Capítulo 7. Confesiones para cenar

Capítulo 8. La cronología

Capítulo 9. El entrenamiento del cerebro

Capítulo 10. Helen Acton

Capítulo 11. Un cadáver en La Pequeña Llave

Capítulo 12. Preguntas irritantes

Capítulo 13. La tía Hester

Capítulo 14. Poirot hace una lista

Capítulo 15. Una nueva confesión

Capítulo 16. Llave pequeña, puerta pesada

Epílogo

Agradecimientos

*Dedico el presente libro a Helen A.,
amiga y superfán de Agatha, como yo*

Capítulo 1

Reunión a medianoche

Esta historia no empieza a medianoche, sino diez minutos antes de las dos de la tarde del 22 de febrero de 1931. Fue entonces cuando comenzaron a pasar cosas extrañas, mientras Hércules Poirot y el inspector Edward Catchpool (su amigo y quien relata esta historia) estaban congregados con treinta desconocidos en la Buckingham Palace Road de Londres, en una masa dispersa sin demasiada proximidad física entre sus integrantes, pero fácilmente identificable como una unidad en su conjunto.

Nuestro grupo compuesto por hombres, mujeres y un bebé (una criatura meticulosamente envuelta por su madre en una manta que le confería aspecto de momia) estaba a punto de embarcarse en un viaje que ya me resultaba peculiar y enigmático, mucho antes de saber lo muy extraordinario que llegaría a ser en realidad.

Nos habíamos reunido junto al autobús que iba a trasladarnos desde Londres hasta el famoso complejo campestre de Kingfisher Hill, cerca de la localidad de Haslemere, en Surrey, un lugar de extraordinaria belleza natural en opinión de muchos. Pese a habernos presentado con bastante antelación respecto a la hora programada para la salida, ningún pasajero había recibido autorización para acceder al vehículo. Por eso estábamos en la calle, tiritando de frío en la gélida humedad de febrero, golpeando el suelo con los

pies y echándonos el aliento en las manos enguantadas para entrar en calor.

No era medianoche, sino uno de esos días invernales que nacen hambrientos de luz desde el alba y arrastran la escasez hasta el crepúsculo.

En el autobús había treinta plazas para pasajeros y éramos treinta y dos los que nos disponíamos a viajar: el conductor, un bebé en brazos de su madre y treinta personas más que ocuparíamos los asientos a ambos lados del pasillo central, incluido un representante de la compañía de transportes.

Mientras tiritaba al lado de Poirot, se me ocurrió pensar que yo tenía más en común con el niño de pecho que con cualquier otro de los miembros de nuestro grupo. Treinta personas del total de treinta y dos conocían la razón por la que pensaban viajar a su destino de aquel día. Poirot era uno de esos afortunados. También el conductor del autobús sabía la razón por la que se encontraba entre nosotros: para poner un plato de comida sobre la mesa familiar, una motivación particularmente poderosa.

El bebé y yo éramos los únicos entre los presentes que ignorábamos por completo la razón de embarcarnos en el autobús pintado de colores chillones, y de los dos, sólo a uno de nosotros le preocupaba esa ignorancia. El único dato del que disponía era el destino final del autobús: Kingfisher Hill, un complejo privado de trescientas sesenta hectáreas, con club de golf, dos pistas de tenis y piscina diseñada y construida por el célebre arquitecto sir Victor Marklew, con agua climatizada todo el año.

Sólo los más adinerados podían permitirse una casa de campo en los tranquilos y boscosos parajes de Kingfisher Hill, pero eso no era impedimento para que londinenses de todas las categorías hablaran interminablemente al respecto. Y yo habría estado ansioso por franquear por primera vez esa bendita verja si Poirot no se hubiera empeñado en ocultarme la razón de nuestra visita. La sensación de saber

aún menos que de costumbre me resultaba en extremo irritante. ¿Estaría a punto de conocer a una futura reina? En Scotland Yard había oído decir que la mayoría de los habitantes de Kingfisher Hill eran aristócratas y miembros de la realeza, y cualquier cosa me parecía posible en una excursión preparada por Poirot.

El autobús partió puntual a las dos de la tarde, y no creo que los acontecimientos que se produjeron antes de que el conductor anunciara en tono risueño la salida ocuparan mucho más de un cuarto de hora. Por lo tanto, puedo fijar con bastante confianza en las dos menos diez la hora en que reparé en ella, la mujer desdichada de cara inconclusa.

Ya que estamos, les diré que el primer título elegido para este capítulo era «Una cara inconclusa». Poirot lo prefería al que acabé adoptando y protestó cuando le comenté que lo había cambiado.

—Catchpool, tiene usted una desagradable tendencia a la obstinación irracional —me dijo, fulminándome con la mirada—. ¿Por qué se empeña en titular este importante capítulo de una manera que llamará a la confusión? ¡No sucedió nada importante a medianoche, ni ese día ni ningún otro! Era pleno día mientras esperábamos junto al autobús, convertidos prácticamente en bloques de hielo, sin que nadie nos explicara por qué no nos abrían las puertas del vehículo. —Poirot se interrumpió y arrugó el entrecejo. Esperé con paciencia a que desenmarañara en su fuero interno los dos motivos independientes de irritación que se habían mezclado en su invectiva—. Decididamente, no era medianoche.

—Ya lo aclaro en mi...

—En efecto, lo aclara. Es su deber, *n'est-ce pas?* Ha creado sin motivo la necesidad de explicar que una condición específica no se cumple. Es ilógico, ¿no cree?

Me limité a asentir. Habría parecido pretencioso si le hubiera respondido lo que estaba pensando. Poirot es el mejor detective en activo del mundo, pero no es un narrador

de historias experimentado y a veces se equivoca. Describir como «pleno día» el ambiente de aquella tarde no se habría ajustado del todo a la realidad, como ya he señalado, y la medianoche —no la hora, sino la palabra— tiene mucho que ver con el asunto que nos ocupa. Si las palabras *Reunión a medianoche* en la portada de un libro no me hubieran llamado la atención antes de ponernos en marcha aquel día, es posible que nadie hubiera resuelto nunca los asesinatos de Kingfisher Hill.

Pero me estoy adelantando y debo devolvernos a todos al frío de aquella calle. Yo sabía por qué nos hacían esperar bajo el azote del viento, aunque Poirot no cayera en la cuenta. La vanidad, como tantas veces sucede en los asuntos humanos, era la explicación; más concretamente, la vanidad de Alfred Bixby. El señor Bixby era el propietario de la recién inaugurada Compañía de Autobuses Kingfisher y quería que todos admiráramos la belleza del vehículo que estaba a punto de transportarnos. Desde nuestra llegada, no se había separado de nuestro lado, como atraído por la fuerza de la gravedad. Era tanta su emoción por tener entre sus clientes a Hércules Poirot que estaba dispuesto a ignorar a todos los demás. Por desgracia, no tuve la suerte de contarme entre los beneficiarios de su desdén, porque la proximidad de mi amigo garantizaba que yo también tuviera que padecer cada una de las palabras que le dirigía a Poirot.

—¿No le parece espléndido? ¡Naranja y azul como un martín pescador! ¡Brillante como un pimpollo! ¡Mire esas líneas! ¡Qué hermosura! ¿No opina lo mismo, monsieur Poirot? ¡No verá nada igual en la carretera! ¡Con los últimos adelantos! ¡Lo más lujoso del mercado! ¡Mire esas puertas! Encajan a la perfección. Toda una proeza del diseño y la ingeniería. ¡Mírelas bien!

—Impresionante —dije, convencido de que sólo nos permitiría acceder al vehículo cuando lo hubiéramos admirado lo suficiente por fuera.

Poirot soltó un gruñido, reacio a fingir admiración.

Bixby era un hombre delgado, de aspecto anguloso, con ojos saltones de mirada fija. Cuando reparó en dos mujeres enfundadas en abrigos y sombreros que venían caminando por la acera de enfrente, nos las señaló y dijo:

—¡Llegan tarde, ja, ja, ja! Tendrían que haber reservado con tiempo sus asientos. Si quieres viajar con la Compañía de Autobuses Kingfisher, no puedes dejarlo para el último minuto, porque te arriesgas a quedarte sin billete. ¡Ja, ja! ¡Lo siento, señoras! ¡Otra vez será! —exclamó.

Las dos mujeres debieron de oírlo, pero no le prestaron atención y siguieron andando con tanta determinación como antes. Apenas habrían reparado en nuestra presencia si Bixby no se hubiera dirigido a ellas. No tenían ningún interés en la Compañía de Autobuses Kingfisher, ni en el vehículo naranja y azul que la representaba. La actitud desesperada y poco digna de Bixby me hizo pensar que su empresa quizá no era tan próspera como se empeñaba en asegurarnos.

—¿Lo has oído? El señor Bixby acaba de rechazar a dos pasajeras —dijo cerca de mí un hombre a su acompañante.

—Con toda la razón, si no habían reservado sus billetes —replicó este—. ¿Acaso no ha dicho Bixby que ya estábamos todos, cuando ha repasado la lista de pasajeros? No puedo entender por qué la gente no planifica las cosas con tiempo.

Irritado como estaba aquel día, me fastidió todavía más que el poco elegante artificio de Bixby consiguiera engañar al menos a dos personas.

Seguí haciendo gestos afirmativos y comentarios vagamente apreciativos en los momentos que me parecieron correctos mientras Bixby nos explicaba cómo había fundado su empresa: la falta de iniciativa de la mayoría de la gente y su incapacidad para imaginar cosas que aún no existían...; el hecho de tener una propiedad en Kingfisher Hill, gracias al éxito de anteriores inversiones, y la dificultad

para desplazarse hasta Londres pese a la relativa cercanía geográfica...; su negativa a dejarse paralizar por el temor, incluso en el actual estado catastrófico de la economía nacional y mundial...

Recuerdo haber pensado: «Si Alfred Bixby tiene una casa en Kingfisher Hill, entonces no es cierto que sean todos aristócratas o miembros de la realeza». Eso fue segundos antes de reparar en la expresión de horror de una mujer sola, situada en la periferia de nuestro grupo, momento en el cual todas las demás consideraciones pasaron a un segundo plano.

—Una cara inconclusa —murmuré.

Nadie me oyó. Para entonces, Alfred Bixby estaba castigando a Poirot con una enumeración de los muchos fracasos del primer ministro Ramsay MacDonald y su «gobierno rusófilo de truhanes y réprobos», y sus palabras sofocaron las mías.

Calculé que la mujer debía de tener unos veinte años. Llevaba un elegante abrigo verde con sombrero a juego, por encima de un vestido desteñido y casi incoloro que parecía haber soportado más de un centenar de lavados. Los zapatos estaban muy gastados.

La joven no carecía totalmente de atractivo, pero tenía la piel pálida y anémica, y todos sus rasgos transmitían la misma sensación, como si les faltara un último toque que les podría haber conferido una belleza más convencional. Tenía los labios finos, pálidos y retraídos, y sus ojos hacían pensar en dos pozos oscuros. En general, toda su cara parecía reclamar un poco más de forma y de detalles, como si aún no hubieran salido a la luz elementos escondidos bajo la superficie.

Pero todo eso es secundario. Lo que de verdad me fascinó y alarmó fue su expresión de miedo, disgusto y profunda desdicha, todo a la vez. Era como si acabara de sufrir, apenas unos minutos antes, la experiencia más espantosa e inquietante que pudiera imaginar. Tenía la mirada fija en el

autobús, una mirada extraviada de ojos desencajados imposible de justificar por el rechazo que pudiera causarle la estrecha asociación entre aquellos particulares tonos de naranja y azul, por muy intenso que fuera su disgusto. Si el vehículo no hubiera sido un objeto inanimado, habría sospechado que aquella mujer lo había visto cometer un crimen de inigualada crueldad mientras todos los demás estábamos distraídos.

Parecía estar sola, de pie en la periferia de nuestro pequeño grupo. No dudé en acercarme.

—Disculpe la intromisión, pero parece haber sufrido una experiencia desagradable. ¿Puedo ayudarla en algo?

Era tan extremo el horror pintado en su rostro que ni por un momento me paré a pensar si no me estaría confundiendo en mi apreciación, o si estaría viendo problemas donde no los había.

—No, gracias.

Su respuesta fue poco contundente. Parecía abstraída.

—¿Está segura?

—Sí, yo... Sí, gracias.

Dio cuatro o cinco pasos en dirección al autobús, alejándose de mí.

No podía insistir en ayudarla si ella se negaba, de modo que regresé con Poirot y Alfred Bixby, pero sin dejar de seguir los movimientos de la joven, que pronto se volvieron más agitados. Empezó a caminar en círculos, mientras sus labios se movían silenciosamente. En ningún momento, ni por un segundo, la expresión horrorizada se borró de su rostro.

Estaba a punto de interrumpir el monólogo de Bixby para llamar la atención de Poirot sobre el objeto de mi preocupación, cuando a mi izquierda una potente voz femenina se dirigió a mí:

—¿Ha visto a esa joven? ¿Qué demonios le pasa? ¿Se caería de la cuna y se daría un golpe en la cabeza cuando era pequeña?

La madre del bebé estrechó con más fuerza a su hijo entre sus brazos.

—No hay ninguna necesidad de ofender, señorita —dijo un anciano.

El comentario inspiró un murmullo generalizado de aprobación. Los únicos que seguían ajenos a toda esa actividad eran la mujer de la cara inconclusa y Alfred Bixby, que continuaba hablándole a Poirot, aunque este ya no le prestaba atención.

—Parece alterada —señaló alguien—. Deberíamos consultar si su nombre figura en la lista de pasajeros.

Ese comentario desencadenó un coro de observaciones.

—El señor Bixby ya ha dicho que estamos todos.

—Entonces ¿por qué no abre las puertas? ¡Conductor! Usted es el conductor, ¿no? ¿Podemos subir ya?

—Si su nombre está en la lista, supongo que no puede ser una lunática fugada de un asilo cercano, aunque su conducta sugiere lo contrario —dijo la mujer de voz sonora.

Ella también era joven, más o menos de la misma edad que la mujer de la cara inconclusa. Su voz contradecía frontalmente la dureza de sus palabras. Tenía un timbre musical y femenino: ligero, luminoso, casi chispeante. «Si un diamante hablara, tendría su voz», pensé.

—Este caballero conversaba con ella hace un momento —indicó una señora mayor, agitando en mi dirección un dedo acusador, antes de volverse hacia mí—. ¿Qué le ha dicho? ¿La conoce usted?

—No, para nada —respondí—. Solamente he observado que no parecía sentirse bien y me he acercado para preguntarle si necesitaba ayuda. «No, gracias», me ha contestado.

—¡Señoras y caballeros! —exclamó Alfred Bixby, ansioso por dirigir nuevamente nuestra atención hacia el objeto de su orgullo—. ¿Ha llegado ya el momento de revelar el lujoso interior de este flamante autobús? ¡Yo diría que sí!

Mientras varias personas se precipitaban hacia el vehículo en sus ansias por refugiarse del frío, me hice a un lado y vi que la mujer de la cara inconclusa se alejaba de las puertas abiertas del autobús, como si tuviera miedo de que la devoraran. Detrás de mí, oí la voz de Poirot.

—Muévase, Catchpool. Ya he padecido lo suficiente su «aire fresco» inglés. Ah, veo que está observando a *la pauvre mademoiselle*...

—¿Qué le pasará? ¿Usted qué opina, Poirot?

—No lo sé, amigo mío. Puede que tenga comprometidas las facultades mentales.

—No lo creo —respondí—. Cuando he hablado con ella, me ha parecido lúcida y en su sano juicio.

—En ese caso, se habrá deteriorado desde entonces.

Volví a acercarme a la joven y le dije:

—Siento mucho importunarla una vez más, pero ¿está segura de que no necesita ayuda? Me llamo Edward Catchpool y soy inspector de policía de Scotland Yard...

—¡No! —Sus labios se retorcieron en torno a la palabra—. No puede ser quien dice que es. ¡Es imposible!

Retrocedió para alejarse y chocó contra la mujer del bebé. Parecía como si sólo me viera a mí. La primera vez que me había dirigido a ella la había encontrado demasiado absorta en sus miedos y tormentos para prestarme atención. Ahora parecía completamente concentrada en mi persona, en exclusión de todo lo demás.

—¿Quién es usted? —exigió saber—. ¿Quién es realmente?

Poirot salió enseguida en mi defensa.

—Mademoiselle, puedo asegurarle que es verdad lo que le ha dicho. El inspector Catchpool y yo viajamos juntos. Mi nombre es Hércules Poirot.

Sus palabras tuvieron un efecto evidente. De pronto, la actitud de la mujer cambió. Miró a su alrededor y pareció notar por primera vez que su conducta estaba llamando la

atención de muchos curiosos. Entonces bajó la cabeza y susurró:

—Discúlpeme, inspector. Por supuesto que usted es quien dice ser. No sé cómo he podido reaccionar de ese modo.

—¿Qué le sucede? —le pregunté sin más rodeos.

—Nada. Estoy bien.

—Me cuesta creerlo.

—Si necesitara ayuda, se la pediría, inspector. Le ruego que no se preocupe por mí.

—Muy bien —dije, aunque no me había convencido—. ¿Vamos?

Le señalé con un gesto el autobús, preguntándome si habría recuperado la compostura. Pese a su comportamiento errático, estaba seguro de que se encontraba en pleno dominio de sus facultades. No padecía ningún trastorno mental. El problema era emocional.

—Yo... ustedes... —titubeó.

—Vayamos a nuestros asientos, Catchpool —me ordenó Poirot con firmeza—. Usted y yo. La señorita prefiere estar sola.

En ese punto, la mujer de la cara inconclusa pareció claramente aliviada. Al ver que Poirot y ella se aliaban contra mí, tuve que reconocer la derrota. Mientras subíamos al autobús, tras dejar nuestras maletas con las del resto de los pasajeros, noté que la joven se alejaba. Pensé que quizá su nombre no figuraba en la lista de Alfred Bixby y que tal vez no pensaba viajar a Kingfisher Hill. Me di cuenta de que no llevaba equipaje. Tampoco parecía tener bolso de mano o monedero. Tal vez se había mezclado con nuestro grupo para esconderse de alguien. Puesto que jamás podría averiguarlo, decidí dejar de especular.

Una vez dentro del autobús, vi que la mayoría de los asientos estaban vacíos. La explicación era sencilla. Muchos pasajeros habían vuelto a salir, ansiosos por escuchar mi conversación con la mujer de la cara inconclusa. Cuando